

*El gran juego
blanco y negro
Ray Bradbury*

La gente cubrió las graderías detrás de la malla metálica, esperando. Nosotros, los chicos, salimos chorreando del lago, corrimos entre las casas blancas, gritando, y nos sentamos en las gradas, dejando marcas húmedas. El sol cálido caía entre los altos robles alrededor del diamante de béisbol. Nuestros padres y madres, con pantalones de golf o ligeros vestidos de verano, nos riñeron y nos ordenaron que nos quedásemos quietos.

Miramos expectantes hacia el hotel y la puerta trasera de la gran cocina. Algunas mujeres de color empezaron a cruzar el campo moteado de sombras, y diez minutos más tarde, en las lejanas graderías de la izquierda, bullía el color de las caras y brazos recién lavados. Luego de todos estos años, cada vez que recuerdo ese día, puedo oír los sonidos que hacía aquella gente. En el aire cálido, aquel sonido, cada vez que hablaban, era como un suave movimiento de arrullos de paloma.

Todos se agitaron divertidos, y estallaron risas que se elevaron en el claro azul del cielo de Wisconsin. La puerta de la cocina se abrió de par en par y salieron corriendo los grandes y pequeños, oscuros y ruidosos mozos negros de uniforme, porteros, guardias de ómnibus, marineros, cocineros, lavacopas, jardineros y cuidadores de campos de golf. Se acercaron haciendo cabriolas, mostrando los finos y blancos dientes, orgullosos de sus nuevos uniformes de rayas rojas, alzando y bajando los zapatos brillantes sobre la hierba verde mientras pasaban ante las graderías y se internaban con perezosa rapidez en el campo, llamando a todos y todo.

Nosotros los chicos gritamos. ¡Allí estaban Long Johnson, el hombre que cortaba el césped, y Cavanaugh, el hombre de la heladería, y Shorty Smith y Pete Brown y Jiff Miller!

¡Y allí estaba Big Poe! ¡Nosotros los chicos gritamos, aplaudimos!

Big Poe era el hombre alto que siempre estaba por la noche junto a la máquina de copos de maíz, en el lujoso pabellón de baile, más allá del hotel a orillas del lago. Todas las noches yo le compraba maíz a Big Poe y él me echaba montones de mantequilla.

Pateé y aullé.

—¡Big Poe! ¡Big Poe!

Y Big Poe me miró y estiró los labios para mostrar los dientes, y me saludó con la mano, y lanzó una carcajada.

Y mamá miró a la derecha, a la izquierda, y detrás de nosotros con ojos preocupados y me golpeó el codo.

—Chist —dijo—. Chist.

—Bueno, bueno —dijo la señora que estaba junto a mi madre abanicándose con un periódico doblado—. Que día para los sirvientes de color, ¿eh? La mejor época del año. Se pasan el verano esperando el gran juego Blanco y Negro. Pero esto no es nada. ¿Ha visto usted la fiesta del *cake-walk*?

—Tenemos entradas —dijo mamá—. Para esta noche en el pabellón. Nos costaron un dólar cada una. Me parecieron bastantes caras.

—Pero yo siempre dije —afirmó la mujer— que una debe gastar una vez al año. Y vale la pena verlos bailar. Tienen naturalmente...

—Ritmo —dijo mamá.

—Esa es la palabra —dijo la señora—. Ritmo. Eso tienen. Bueno, si viera usted a las camareras de color en el hotel. Han estado comprando sedas en la gran tienda de Madison desde hace un mes. Y se han pasado todos los minutos libres cosiendo y riéndose. Y he visto algunas de las plumas que compraron para los sombreros. De color vino y mostaza y azules y violetas. Oh, ¡será un espectáculo!

—Han estado aireando sus chaquetas de smoking —dije—. ¡Las he visto colgadas de las cuerdas detrás del hotel toda la semana!

—Mire cómo hacen cabriolas —dijo mamá—. Parece que piensen que van a ganarles a nuestros hombres.

Los hombres de color corrían hacia arriba y hacia abajo y gritaban con sus voces altas y aflautadas y sus voces graves, perezosas e interminables. En el centro del campo uno podía ver el relampagueo de sus dientes, los desnudos brazos levantados que se balanceaban y golpeaban los costados del cuerpo, mientras saltaban y corrían como conejos, exuberantes.

Big Poe tomó un doble puñado de bates, se los llevó a su gran hombro de toro, y echó a caminar con la cabeza hacia atrás, la boca abierta en una amplia sonrisa, moviendo la lengua cantando:

— ... *pienso gastar los zapatos bailando,
cuando toquen los Jelly Roll Blues;
mañana en la noche en el baile de la ciudad oscura...*

Big Poe subía y bajaba las rodillas, moviendo los bates como bastones musicales. Una ola de aplausos y risas suaves vino de las graderías de la izquierda, donde todas las rizadas jóvenes de color, de brillantes ojos castaños, esperaban alegres y anhelantes. Se movían rápidamente, de un modo gracioso y blando. Se reían como pájaros tímidos; saludaban a Big Poe agitando las manos y una de ellas gritó con una voz aguda:

—¡Oh, Big Poe! ¡Oh, Big Poe!

La sección blanca se unió cortésmente al aplauso cuando Big Poe terminó su baile.

—¡Eh, Poe! —grité otra vez.

—¡Cállate, Douglas! —me dijo mamá.

Llegaron los hombres blancos corriendo entre los árboles enfundados en sus uniformes. Hubo un estruendo de aplausos y gritos en nuestras graderías y mucha gente se puso de pie. Los hombres corrieron por el

campo verde como relámpagos blancos.

—¡Oh, allá está el tío George! —dijo mamá—. ¿No tiene un magnífico aspecto?

Y allá estaba mi tío George, corriendo y tropezando, con un atuendo que no le caía muy bien pues tío es barrigón, y tiene unos carrillos que le cuelgan siempre sobre el cuello de la camisa. Corría tratando de respirar y sonreír al mismo tiempo, levantando sus rollizas piernas.

—Qué bien están todos —se entusiasmó mamá.

Desde las graderías, yo observaba sus movimientos. Mamá estaba sentada a mi lado, y pienso que comparaba y pensaba también, y lo que veía la asombraba y desconcertaba. Con qué facilidad había venido corriendo la gente oscura, como esos antílopes y ciervos que se mueven lentamente en las películas de África, como criaturas de un sueño. Habían llegado como brillantes animales de un hermoso color castaño, animales que ignoraban que estaban vivos, pero vivían. Y cuando corrían extendiendo sus gráciles piernas, perezosas e intemporales, seguidas por los grandes brazos abiertos y los dedos flojos, y sonreían en el viento, sus caras no decían “¡Mírenme correr! ¡Mírenme correr!”. No, de ningún modo. Sus caras decían soñadoramente: “Señor, pero qué agradable es correr. ¿Ven cómo el suelo se desliza suavemente bajo mis pies? Dios, qué bien me siento. Los músculos se me mueven como aceite en los huesos, y no hay mayor placer en el mundo que el de correr”. Y corrían. No había otro propósito en sus carreras que la alegría y la vida.

Los hombres blancos corrían esforzados, como se esforzaban en todas las cosas. Uno se sentía turbado al verlos, pues estaban demasiado vivos en un sentido equivocado, siempre mirando de reojo para ver si eran observados. A los negros no les importaba si uno los observaba o no; vivían, se movían. Jugaban con tanta seguridad que no pensaban en ninguna otra cosa.

—Sí, nuestros hombres se ven muy bien —dijo mi madre, repitiéndose a sí misma sin mucho convencimiento.

Había mirado, había comparado los equipos. Había advertido en su interior qué fácilmente se movían los hombres de color en sus uniformes, y qué tensamente, nerviosamente, estaban embutidos, apretados y estruñados los hombres blancos en sus traies.

Creo que la tensión empezó entonces.

Creo que todos advirtieron qué ocurría. Vieron cómo los hombres blancos parecían senadores en traje de verano. Y admiraron el gracioso descuido de los hombres oscuros. Y, como ocurre siempre en estos casos, la admiración se transformó en envidia, celos, irritación. Las conversaciones cambiaron.

—Ése es mi marido, Tom, en la tercera base. ¿Por qué no levanta los pies? Está ahí parado sin moverse.

—No te preocupes, no te preocupes. ¡Ya los levantará cuando llegue

el momento!

—Eso digo yo. Mire a mi Henry, por ejemplo. Henry no se moverá continuamente, pero cuando estalla una crisis... ya lo verá usted. Oh... me gustaría que saludara con la mano por lo menos. ¡Eh, eh! ¡Hola, Henry!

—¡Miren a Jimmie Cosner haciendo monerías!

Miré. Un hombre blanco, de mediana estatura, pecoso y pelirrojo, estaba haciendo payasadas en el campo. Sostenía un bate en equilibrio sobre la frente. Se oyeron risas en las graderías blancas. Pero se parecían a esas risas que se le escapan a uno cuando se siente avergonzado por alguien.

“Play ball” dijo el árbitro.

Se tiró una moneda. Los negros batearían primero.

—Maldición —dijo mi madre.

Los hombres de color se acercaron felices. Big Poe fue el primero en batear. Yo grité entusiasmado. Big Poe tomó el bate en una mano como si fuera un mondadientes y caminó sin prisa hasta el *home* y se puso el bate al hombro, sonriendo a lo largo de la pulida superficie de la madera hacia las gradas donde estaban las mujeres de color con sus frescos vestidos floreados, moviendo las piernas que colgaban entre las filas de asientos como tostadas barras de jengibre, y los cabellos que les caían en rizados sobre las orejas. Big Poe miraba especialmente la forma pequeña y delicada como un hueso de pollo de su novia, Katherine. Katherine era la que tendía las camas en el hotel y los pabellones todas las mañanas, la que golpeaba la puerta como un pájaro y preguntaba cortésmente si uno había acabado de soñar, pues si así había sido, ella se llevaría todas las viejas pesadillas y traería otras nuevas... Por favor, úselas una a la vez, gracias. Big Poe sacudía la cabeza mirándola, como si no pudiese creer que ella estaba allí. Luego se volvió, con una mano balanceando el bate y la izquierda colgando flojamente mientras aguardaba los tiros de prueba. Las bolas pasaron siseando, se metieron en la boca abierta del guante del *catcher*, y fueron devueltas. El árbitro lanzó un gruñido. El próximo lanzamiento iniciaría el juego.

Big Poe dejó que la primera bola pasara a su lado.

—*¡Strike!* —anunció el árbitro.

Big Poe les guiñó el ojo a la gente blanca. ¡Bum!

—*¡Strike dos!* —gritó el árbitro.

La bola vino por tercera vez.

De repente, Big Poe se convirtió en una máquina lubricada que giraba sobre un eje, la mano que colgaba se levantó y tomó el bate por el mango, el bate giró, y se encontró con la pelota. *¡Juac!* La pelota subió hacia el cielo, más allá de la línea ondulante de los robles, hacia el lago, donde un velero blanco se deslizaba silenciosamente. ¡La multitud gritó, y yo el que más! Allí fue el tío George, corriendo sobre sus piernas rollizas, con medias de lana, empequeñeciéndose a lo lejos.

Big Poe se quedó un momento mirando cómo se alejaba la bola. Luego echó a correr. Fue tocando las bases y cuando se acercaba nuevamente al

home saludó a las muchachas de color natural y felizmente con una mano, y ellas lo saludaron, gritando, desde sus asientos.

Diez minutos después, con las bases llenas y luego de varias carreras, cuando le volvió a tocar el turno de batear a Big Poe, mi madre me dijo:

—Son gente muy desconsiderada.

—Pero así es el juego —dijo—. Han tenido sólo dos *outs*.

—Pero el marcador es de siete a cero —protestó mi madre.

—Espere a que bateen nuestros hombres —dijo la señora junto a mi madre, apartando una mosca con una mano pálida de venas azules—. Esos negros son demasiado pesados.

—*¡Strike dos!* —dijo el árbitro mientras Big Poe blandía el bate.

—Toda la semana pasada en el hotel —dijo la señora junto a mi madre, mirando fijamente a Big Poe— el servicio ha sido simplemente terrible. Las doncellas no hablaban más que del baile, y cuando una quería un poco de agua helada tardaban media hora en traerla. Se pasaban el día cosiendo.

—*¡Bola uno!* —dijo el árbitro.

La mujer se agitó inquieta.

—Espero que esta semana termine pronto —dijo.

—*¡Bola dos!* —dijo el árbitro.

—¿Pero qué piensan? —preguntó mi madre—. ¿Están *locos*? —Y la mujer que estaba a su lado—: Así es. Estuvieron raros toda la semana. Anoche tuve que pedirle dos veces a Big Poe que me pusiera más mantequilla en mi maíz. Creo que quería ahorrar dinero o algo parecido.

—*¡Bola tres!* —gritó el árbitro.

La mujer junto a mi madre gritó de pronto y se abanicó furiosamente con el periódico.

—Caramba, se me acaba de ocurrir. ¿No sería terrible que ganaran ellos? Son capaces, ¿sabe usted? Son capaces.

Mi madre miró hacia el lago, hacia los árboles y luego se miró las manos.

—No sé por qué tenía que jugar el tío George. Está haciendo el ridículo. Douglas, ve a decirle a George que ya no juegue más. Es malo para su corazón.

—*¡Out!* —le gritó el árbitro a Big Poe.

—Ah —suspiraron las graderías.

Big Poe dejó caer su bate suavemente y caminó a lo largo de la línea del diamante. Los hombres blancos parecían irritados, con las caras rojas y grandes islas de sudor bajo las axilas. Big Poe me miró. Le guiñé el ojo. Él me devolvió el guiño. Comprendí entonces que no era tan tonto: lo había hecho adrede.

Long Johnson iba a lanzar ahora por el equipo de color.

Se acercó balanceándose hacia el montículo, moviendo los dedos para desentumecerlos.

El primer hombre blanco que iba a batear era uno llamado Kodimer, que vendía trajes en Chicago todo el año.

Long Johnson lanzó las bolas sobre el *home* con una fácil y regulada precisión.

El señor Kodimer giró sobre sí mismo. El señor Kodimer guadañó el aire. Finalmente, el señor Kodimer bateó la pelota hacia la tercera línea.

—“Out en la primera base” —dijo el árbitro, un irlandés llamado Mahoney.

El segundo hombre fue un joven sueco llamado Moberg. La pelota se elevó y cayó hacia el centro del campo donde la agarró un negro rollizo que no parecía gordo porque corría como una lisa y redonda esfera de mercurio.

El tercer hombre fue un camionero de Milwaukee. Bateó rectamente la pelota hacia el centro del campo. Un buen golpe. Pero trató de superarse a sí mismo. Cuando llegó a la segunda base allí estaba Emancipated Smith con una bola blanca en su oscura, oscura mano, esperando.

Mi madre se echó hacia atrás en su asiento, resoplando.

—Bueno, *inunca* lo hubiese creído!

—Está haciendo calor —dijo la señora vecina—. Me parece que daré un paseo por el lago. Hace demasiado calor para estarse sentada y mirar un juego tonto. ¿No me acompañaría, señora?

El juego siguió así durante seis *innings*.

El marcador era once a cero, y Big Poe había fallado tres veces a propósito. En la última mitad del quinto *inning* Jimmie Cosner fue a batear por nuestro bando otra vez. Había estado ensayando toda la tarde, haciendo payasadas, dando instrucciones, diciéndole a todos a dónde iba a disparar aquella píldora cuando le tocara el turno. Cruzó el campo ahora, confiado y con una voz de corneta. Llevaba seis bates en sus manos delgadas, y los examinaba críticamente con sus brillantes ojitos verdes. Eligió uno, dejó caer los otros, corrió a su puesto, arrancando islitas de hierba verde con sus zapatos claveteados. Se echó hacia atrás la gorra sobre el polvoriento pelo rojo.

—¡Miren esto! —les gritó a las mujeres—. ¡Miren qué lección les voy a dar a los oscuros! ¡Ya-ja!

Long Johnson movió el brazo como una lenta serpentina. Parecía una serpiente en la rama de un árbol, que se desenredaba y se lanzaba bruscamente hacia uno. La mano de Johnson se extendió de pronto, abierta, como colmillos negros, vacía. Y la píldora blanca cruzó el campo con el sonido de una navaja.

—*¡Strike!*

Jimmie Cosner dejó caer su bate y miró fijamente al árbitro. Durante un rato no dijo nada. Luego escupió deliberadamente cerca del pie del *catcher*, recogió otra vez el amarillo bate de arce, y lo balanceó de modo que el sol lo envolvió en un nervioso halo. Al fin se lo puso en el hombro delgado, abriendo y cerrando la boca sobre los dientes manchados de nicotina.

¡Clap! sonó el guante del *catcher*.

Cosner se volvió, abriendo los ojos.

El *catcher*, como un mago negro, con brillantes dientes blancos, abrió el aceitado guante. Allí, como el capullo de una flor blanca, estaba la pelota.

—¡Strike dos! —dijo el árbitro, lejos, al sol.

Jimmie Cosner dejó el bate en la hierba y se llevó las pecosas manos a las caderas.

—¿Quiere decirme que eso fue un *strike*?

—Eso dije —asintió el árbitro—. Recoja el bate.

—Para ponérselo en la cabeza —dijo Cosner bruscamente.

—¡Juegue o salga del campo!

Jimmie Cosner movió la boca como para juntar bastante saliva, la tragó enojado, y lanzó un amargo juramento. Inclinandose, alzó el bate y se lo llevó al hombro como un mosquete.

¡Y allí venía la pelota! Había nacido pequeña y ahora crecía hacia él. ¡Bam! Una explosión del bate amarillo. La pelota subió y subió en una espiral. Jimmie corrió hacia la primera base. La pelota hizo una pausa, como si estuviese pensando en la gravedad, allá arriba, en el cielo. Una ola se alzó y rompió en la orilla del lago. La multitud gritaba. Jimmie corría. La pelota se decidió al fin y bajó. Un hombre alto y delgado la recibió torpemente. La pelota resbaló a la hierba, fue recogida otra vez, y lanzada rápidamente a la primera base.

Jimmie vio que lo iban a ponchar. Así que saltó con los pies adelante hacia la base.

Todos vieron cómo sus zapatos claveteados golpeaban el tobillo de Big Poe. Todos vieron la sangre roja. Todos oyeron el grito, el alarido, y vieron las pesadas nubes de polvo.

—¡Alcancé a llegar! —protestó Jimmie dos minutos más tarde.

Big Poe estaba sentado en el suelo. El médico se inclinó, palpó el tobillo de Big Poe, diciendo —Mmm— y —No me gusta—, y untó en la herida un medicamento y envolvió el tobillo con una venda.

El árbitro miró a Cosner con reprobación.

—¡Fuera del campo!

—¡Váyase al diablo! —dijo Cosner. Y se quedó allí, en la primera base, sacando y metiendo los carrillos, balanceando a los lados las manos pecosas—. No me sacó. ¡No me moveré de aquí! ¡A mí no me va a sacar ningún negro!

—No —dijo el árbitro—. Lo va a sacar un blanco. Yo. ¡Vállase!

—¡Dejó caer la pelota! ¡Hubo infracción! ¡No me sacó!

El árbitro y Cosner se miraron con furia.

Big Poe alzó los ojos desde el suelo donde estaban curándole el tobillo. Habló con una voz suave y grave observando serenamente a Cosner.

—Sí, no lo saqué, señor árbitro. Déjelo. No lo saqué.

Yo estaba allí. Lo oí todo. Yo y otros chicos habíamos corrido al campo para ver. Mi madre me gritaba que volviese a las graderías.

—Sí, no lo saqué —dijo otra vez Big Poe.

Todos los hombres de color gritaron.

Todos los hombres de color gritaron.

—¿Qué te pasa, muchacho negro? ¿Te golpeaste la cabeza?

—Ya me oyeron —replicó Big Poe en voz baja, y mirando al doctor que le vendaba el tobillo—. No lo saqué. Déjenlo.

El árbitro lanzó un juramento.

—Muy bien, muy bien, ¡que se quede!

El árbitro se alejó por el campo, muy tieso, con el cuello rojo.

Ayudaron a levantarse a Big Poe.

—Mejor que no apoye el pie —previno el doctor.

—Puedo caminar —murmuró Big Poe.

—Mejor que no juegue.

—Puedo jugar —dijo Big Poe suavemente, sacudiendo la cabeza. Unas vetas húmedas se le secaban bajos los ojos blancos—. Jugaré bien. —No miraba a ninguna parte—. Jugaré bien.

—Oh —dijo el hombre de color de la segunda base, con una voz rara.

Todos los negros se miraron unos a otros, miraron a Big Poe, luego a Jimmie Cosner, el cielo, el lago, la multitud. Regresaron lentamente a sus puestos. Big Poe apenas tocaba el suelo con su pie lastimado, balanceándose. El doctor le dijo algo. Pero Big Poe lo despidió con un ademán.

El árbitro llamó al bateador.

Nos instalamos otra vez en las graderías. Mi madre me pellizó la pierna y me preguntó por qué no podía quedarme quieto. Hacía cada vez más calor. En la orilla del lago rompieron tres o cuatro olas más. Detrás de la malla metálica las señoras se abanicaban las caras húmedas y los hombres corrieron sus traseros hacia adelante en las tablas y sostuvieron unos periódicos sobre los ojos ceñudos para mirar a Big Poe que se alzaba como un pino gigantesco en la primera base, y a Jimmie Cosner a la inmensa sombra de aquel árbol oscuro.

El joven Moberg se acercó a batear por nuestro equipo.

Se oyó un grito, un grito solitario, como de un pájaro sediento, que se elevó sobre la hierba resplandeciente.

—¡Vamos, sueco, vamos, sueco!

Era Jimmie Cosner quien llamaba. Las graderías le clavaron los ojos. Las cabezas oscuras giraron sobre sus húmedos pivotes; las caras negras se volvieron hacia él, mirándolo, observando su delgada espalda, nerviosamente arqueada.

—¡Vamos, sueco! ¡Démosles una lección a los muchachos negros! —rió Cosner.

La voz de Cosner se desvaneció. Hubo un completo silencio. Sólo se oyó el ruido del viento entre los altos y brillantes árboles.

—Vamos, sueco, hazles tragar la vieja píldora.

Long Johnson, que iba a lanzar la bola, inclinó la cabeza. Lenta, deliberadamente, observó a Cosner. Cruzó luego una mirada con Big Poe, y Jimmie Cosner vio la mirada y calló, tragando saliva.

Long Johnson no se apresuró a lanzar.

Cosner esperaba.

Long Johnson preparaba el lanzamiento.

Jimmie Cosner retrocedió hasta la almohadilla, se besó la mano, y golpeó con ella suavemente el centro de la base. Luego alzó los ojos y miró alrededor sonriendo.

Long Johnson dobló y alzó un largo brazo articulado, curvó unos amantes y oscuros dedos sobre la pelota de cuero, echó el brazo hacia atrás y... Cosner bailó en la primera base, saltando hacia arriba y abajo como un mono. Long Johnson no lo miraba. Sus ojos apuntaban secretamente, tímidos y divertidos a un lado. En seguida, sacudiendo la cabeza, asustó a Cosner que retrocedió hasta la almohadilla. Cosner esperó allí con una mirada burlona.

La tercera vez que Johnson fue a lanzar, Cosner había salido ya de la almohadilla y corría hacia la segunda base.

Todo pareció inmóvil. Durante un segundo.

El sol en el cielo, el lago y sus botes, las gradas, la mano de Johnson en el aire luego de haber lanzado la pelota, Big Poe con la pelota en su poderosa mano negra, los jugadores que miraban agachados la escena. Y lo único móvil en todo aquel mundo de verano era Jimmie Cosner que corría, levantando polvo.

Big Poe se inclinó hacia adelante, apuntó a la segunda base, echó hacia atrás la poderosa mano derecha, y arrojó la blanca pelota rectamente a lo largo de la línea hasta que alcanzó la cabeza de Jimmie Cosner.

Inmediatamente, se rompió el hechizo.

Jimmie Cosner estaba tendido en la hierba. La gente abandonó las graderías. Se oían juramentos, y gritos de mujeres, y un ruido de maderas mientras los hombres bajaban corriendo por las tablas de las graderías. El equipo de color desapareció del campo. Jimmie Cosner se quedó allí, tendido. Big Poe, con una cara inexpresiva, salió cojeando del campo apartando hombres blancos como pinzas para colgar la ropa cuando trataban de detenerlo. Los alzaba simplemente y los tiraba lejos.

—¡Vamos, Douglas! —gritó mamá, agarrándome el brazo—. ¡Vamos a casa! ¡Pueden tener navajas! ¡Oh!

Aquella noche, luego del tumulto de la tarde, mis padres se quedaron en casa leyendo revistas. Todas las casas de alrededor estaban iluminadas. Nadie había salido. A lo lejos se oía música. Me deslicé por la puerta trasera, internándome en la madura oscuridad del verano, y corrí hacia el pabellón de baile. Todas las luces estaban encendidas, y tocaba la música.

Pero no había gente blanca en las mesas. Nadie había venido al baile.

Sólo había gente de color. Mujeres con brillantes vestidos de satín rojos y azules y medias nuevas y guantes blandos, con sombreros adornados de plumas moradas, y hombres de chaquetas brillantes. La música estallaba afuera, arriba, abajo, alrededor del salón. Y riendo y echando las piernas al aire estaban Long Johnson y Cavanaugh y Jiff Miller y Pete Brown, y, cojeando, Big Poe, con Katherine, su novia, y todos los otros jardineros y barqueros y porteros y camareras, todos en la pista y a la vez.

Había tanta oscuridad alrededor del pabellón; las estrellas brillaban en el cielo negro, y yo estaba afuera, con la nariz aplastada contra los vidrios, mirando mucho, mucho tiempo, silenciosamente.

Me fui a la cama sin decirle a nadie lo que había visto.

Me acosté simplemente en la oscuridad oliendo las manzanas maduras y oyendo el lago, y escuchando la música maravillosa, débil y distante. Poco antes de dormirme escuché otra vez aquellas líneas:

—... *pienso gastar los zapatos bailando,
cuando toquen los Jelly Roll Blues,
mañana a la noche en el baile de la ciudad oscura...*